

¡Amor! Supremo poder del corazón, misterioso entusiasmo que entraña en sí la poesía, el heroísmo y la virtud.—*Mme. Staël.*

Las mujeres detestan al celoso que no aman; pero sentirían que el hombre amado no estuviese celoso de ellas.—*Ninon de Lenclos.*

## EL PREMIO GRANDE.

NOVELA ORIGINAL.

DE

JUAN TOMÁS SALVANY.

(Continuación.)

Cierta mañana, recibió Miguel la correspondiente carta de Lucía. Bien ó mal escritas, todas las cartas amorosas vienen á decir lo mismo, con las variantes exigidas por la situación y circunstancias particulares de cada enamorado. En vista de ello, por no cansarlos, haré gracia á mis lectores de la aludida carta; pero es el caso que entre muchos otros, contenía el párrafo siguiente:

«Mi amiga Julia, á quien en mejores tiempos solí prestar pequeñas cantidades, te entregará diez duros que me debe. Cómprame con ellos un décimo de la próxima lotería de Navidad.»

—¡Vaya, otra corazonada!—murmuró Miguel.

Y se apresuró á comprar el décimo, refunfuñando para su capote, que Lucía estaba desconocida, pues no era discreción, sino locura, el invertir tanto dinero en un juego de azar.

Como quiera que el sorteo se aproximaba, y á él no le era fácil ir antes á Toledo, nuestro joven se apresuró á enviar el número á su novia.

«Adjunto mando el número,—le decía;—si te toca el premio grande, telegrafiaré en el acto; si no, te escribiré, cualquiera que sea el resultado.»

Trascurrió el 23 de Diciembre, día del sorteo, sin que Lucía recibiera telegrama alguno de Miguel. En el mismo día de Navidad, recibió del joven una carta, en la cual se leían estas palabras:

«Según tú misma verías, la suerte no te favoreció poco ni mucho. Te incluyo el desdichado décimo, para que lo rompas con tus propias manos.»

—¡Qué delicado!—pensó Lucía, rompiendo, en efecto, aquel papel.

Algunos días después de entrado el año nuevo, el joven hizo á Lucía y á D. Justo su visita acostumbrada. Los dos amantes hablaron de la lotería y se rieron de su mala suerte. Miguel, con todo, parecía algo preocupado.

Cuando éste hubo partido, cierta íntima y toledana amiga de Lucía, que presenciara parte de la visita, dijo á la hija de D. Justo:

—¿No has reparado una cosa?

—¿Qué?

—Miguel ha trocado su reloj de níquel por otro de oro.

—No, no lo he advertido.

—Pues lo ha sacado dos veces. ¡Oh, y es magnífico! Reloj y leontina juntos lo menos le habrán costado diez mil reales.

—Eso significa que Miguel prospera en sus negocios, y francamente, lo celebro, porque ello equivale á prosperar los dos.

—¿Nada te ha dicho?

—Nada. Ya tú ves, ocupados en hablar de otras cosas...

—Distracción de enamorado. No obstante...

—¿Hay algo más?

—La cuestión de intereses no es para olvidada en vuestro caso.

—¡Bah!—replicó Lucía,—si realmente ha prosperado, Miguel querrá darme una sorpresa, y á su tiempo lo sabremos.

—Sí, lo que fuere sonará,—añadió la amiga, con cierto retintín.

Y acto seguido varió de conversación.

Lucía y Clara, que así se llamaba la amiga, casi de la misma edad y toledanas las dos, eran amigas de la infancia y en la actualidad vecinas, habitando casas fronterizas en *Zocodover*, vocablo arábigo-castellano que viene á significar plaza digna de ser vista. Lucía cultivaba la amistad de Clara, por costumbre, por bondad y por recurso más que por inclinación, puesto que la segunda distaba mucho de igualar á la primera en discreción y en nobleza de sentimientos. En los pueblos y en muchas ciudades de provincias, faltas del bullicio y las distracciones propias de las grandes capitales, se hace necesaria cierta intimidad y

frecuencia en el trato, con objeto de combatir el fastidio. Las dos amigas se veían, pues, diariamente y solían pasar juntas algunas horas, entregadas á la conversación, á la lectura ó á las labores de su sexo, mientras Don Justo entraba y salía, despachaba su correspondencia, cuidaba de la administración de su mercedada hacienda ó entregábase á su vez á esas mil tareas insignificantes que constituyen la ocupación de un hombre ocioso. Clara, sin ser el prototipo de la mujer chismosa, era una de esas almas pequeñas, de esas inteligencias, digámoslo así, en embrión, que os hablan de nonadas, que se preocupan de mil cosas fútiles, que, al ponérseles entre ceja y ceja, verbi gracia, el costoso abanico de una amiga ó el sombrero extraordinario de un vecino, no descansan ni sosiegan hasta averiguar el coste, la procedencia y el por qué de tales prendas.

A las veinticuatro horas de la referida conversación, Clara dijo á Lucía:

—¿Querrás creer que apenas he pegado los ojos en toda la noche?...

—¿Y eso?

—Pensando en el reloj de oro de tu Miguel.

—¡Qué tontería!

—Ese chico, no lo dudes, *ha escurbado* en alguna parte.

Al oír este inculto lenguaje aplicado á su novio, Lucía reprimió un gesto de disgusto y respondió con una calma celestial:

—Si ha ganado dinero, tanto mejor para él. ¿Qué nos importa?

Clara volvió á la carga.

—El premio grande de la lotería de Navidad,—repuso,—importaba diez millones.

—Bien, ¿y qué?

—Un décimo, un millón. Ya tú ves si con cincuenta mil duros se pueden adquirir un buen reloj y una excelente leontina de oro.

—¡Ya lo creo! ¿Piensas, pues, que á Miguel le haya tocado la lotería?...

—Tocado precisamente, no; es decir, puede haberle tocado y no haberle tocado. Si mal no comprendí, ayer hablásteis de un décimo, no premiado, que él tomara por encargo tuyo.

Con la rapidez del rayo, Lucía comprendió la vil sospecha, y replicó severamente:

—Mira, Clara, si algo te importa mi amistad, no me vuelvas á hablar de eso.

Su amiga obedeció.

A la mañana siguiente, Lucía recibió una perfumada y elegante carta; era de Julia, la misma amiga que entregara á Miguel los diez duros con que fué comprado el décimo. Se puso á leerla entre indiferente y curiosa; mas á medida que iba leyendo, pintábase en su rostro una vivísima sorpresa. La carta concluía así:

«...Dejaste en la tertulia un vacío difícil de llenar. ¡Lástima que no concurras á ella! Verías á Miguel muy amigote de la Ministra de Hacienda. ¿Se amarán? No sé. Echan cada párrafo... A propósito de Miguel, ya te diría que le entregué los diez duros, pues según me manifestaste, pensaba ir á Toledo, con objeto de admirar tantas maravillas artísticas. ¿Te los devolvió? Gracias.

«Chica, ¡lo que se ve en este Madrid! Miguel, protegido por la Ministra, debe de haber hecho algún *chanchullo* ó sacado la lotería. Figúrate que ayer entraba yo en casa de Ansorena al tiempo que él salía. Me extrañó verle allí, pues ya sabes que nunca anduvo muy sobrado. Detúvose á saludarme, y como yo, por favorecerle, le propusiese la defensa de un pleito de papá, me contestó que había cerrado su bufete. ¿Ha comprado algo ese caballero?—pregunté, por curiosidad, en la platería.—Acaba de encargarme un aderezo de quince mil duros,—me respondieron. No sé cómo no solté la carejada. ¿Se casa nuestro amigo? Tú debes saberlo; recuerdo que en otro tiempo *te lo colgaban*.

«En fin, que te diviertas. Recibe un beso de tu agradecida,—JULIA.»

Es de advertir que, excepto la familia de Miguel, Don Justo y Clara, á quien no fuera posible ocultárselas, todos ignoraban las relaciones del joven con Lucía. Esta última dejó caer la carta de su amiga.

—¡Es singular!—pensó,—nada me ha dicho.

Y permaneció meditabunda. No es que desconfiara de Miguel, mas la ofendía el silencio del joven. ¿Por qué callaba? ¿Qué se proponía? ¿Mentiría Julia? ¿Qué interés tenía en ello? ¡Quién sabe! ¡En Madrid es la gente tan ligera, tan vil, tan inconsciente á veces la murmuración! Parecía indudable que Miguel hubiese realizado algún negocio de importancia, ya que se permitía gastar quince mil duros en alhajas; pero ¿de qué manera, por qué medios? ¡Buenos estaban los tiempos para improvisar fortunas! Luego, aquellas alhajas ¿á quién las destinaba? ¿A ella, su novia? ¿A qué ocultarlo entonces?

En estas confusiones, volvió Clara, como de costumbre, á reunirse con Lucía. La muy curiosa, sin adivinar ni darse cuenta exacta de lo ocurrido, tuvo algo semejante á una instintiva revelación, al observar el continente ensimismado de su